

—Los peces no comen carne humana... Los pulpos comen... les gusta esto...

El calor que se desprendía del cuerpo del padre calmó los nervios excitados de Tomás, pero ante su vista pasaba siempre el rostro espantoso que le enseñaba los dientes y que el agua negra sustentaba.

—¿Y quién es?

—¡Dios sabe! Di más bien: «Dios mío, tened piedad de su alma»...

—¡Señor, tened piedad de su alma! repitió Tomás en un murmullo.

—¡Eso es!... Y ahora duerme tranquilo, no temas nada. Está muy lejos en estos momentos, flota tranquilamente. No te aproximes nunca demasiado al borde de la barandilla, podrías caerte al agua. Que Dios te preserve y...

—¿Se ha caído también él?

—Seguramente que se ha caído... estaba quizás borracho y le ha llegado el fin. ¡Pero quizás se ha arrojado él mismo! Los hay que se arrojan voluntariamente... La idea se apodera de ellos, se tiran y se ahogan. Así es la vida; la muerte es una fiesta para ciertas personas y á veces una dicha para todos.

—¿Papá?

—Duerme, niño querido...

III

Desde el primer día, Tomás, completamente aturrido aun por el ruido, la animación y la alegría del colegio, distinguió, en el enjambre de chiquillos, dos muchachos que le parecieron más interesantes que los otros.

Uno de ellos estaba sentado delante de Tomás y éste podía, sin levantar la cabeza, ver su ancha espalda, su grueso y corto cuello sembrado de man-

chas rosadas, sus grandes orejas y su nuca con cabellos rojos, cortados al rape.

Quando el profesor, un buen hombre de cabeza calva y labio caído, llamó: ¡Smolín, Africán! el pequeño se levantó sin apresurarse, se aproximó al maestro, le miró con descaro y se puso á trazar en la pizarra grandes cifras redondas.

—¡Está bien, basta! dijo el profesor. ¡Ejoff, Nicolás! Continúa...

Uno de los vecinos de Tomás, un chiquillo travieso, de ojos negros y vivos como los de un ratón, salió de su sitio y pasó entre los bancos, enredándose y volviendo la cabeza en todas direcciones.

Llegado ante la pizarra, cogió la tiza y alzándose de puntillas se puso á hacer signos inteligibles, atormentando la tiza y desmenuzándola.

—¡Despacio! dijo el maestro, cuyo rostro pálido, de ojos fatigados, se contrajo dolorosamente, mientras Ejoff hablaba con volubilidad y voz sonora:

—Hallo que el primer comerciante ha tenido diez y siete kopeks de beneficio...

—¡Basta!... ¡Gordeieff! veamos, dígame que es necesario hacer para encontrar el beneficio del segundo comerciante.

Absorto enteramente por la apostura tan diferente de los dos muchachos, la pregunta le cogió desprevenido y Tomás no supo que contestar.

—¿No sabes? ¡Hum!... Explicaselo, Smolín.

Smolín, que limpiaba cuidadosamente sus dedos llenos de tiza, dejó el trapo y sin mirar á Tomás terminó el problema y volvió á limpiarse los dedos, mientras sonriente y saltando, Ejoff volvía á su sitio.

—¡Eh, tú! murmuró él, instalándose en su sitio, al lado de Tomás y dándole un papirotazo. ¿Qué tiene de difícil? ¿Cuál era el beneficio total? Eran 30 kopeks y dos comerciantes, á uno de los que corresponde 17. ¿Cuánto le corresponderá al otro?

—¡Si ya lo sé! respondió Tomás en voz baja, confundido y examinando el rostro de Smolín, que volvía tranquilamente á su sitio.

Este rostro no le agradó.

Era redondo, lleno de manchas de escarlatina, con ojos azules hundidos en sus anchas mejillas.

Durante este tiempo, Ejoff le pellizcaba fuertemente la pantorrilla y le preguntaba:

—¿De quién eres hijo? ¿Del «Chiflado»?

—Sí.

—¡Ganso! ¿Quieres que te apunte, en adelante?

—Bueno.

—¿Y qué me vas á dar en cambio?

Tomás reflexionó y dijo:

—Pero y tú ¿sabes algo?

—¡Yo! Soy el primero... tú lo has de ver...

—¡Eh! Ejoff, aun charláis, gritó el maestro con voz débil y velada.

Ejoff se levantó de su sitio y dijo vivamente:

—No soy yo, señor, es Gordeieff.

—Son los dos, declaró Smolín sin moverse.

El maestro hizo un gesto, y con un rumor muy extraño de su labio caído, les gruñó á los tres, lo que no impidió á Ejoff seguir inmediatamente:

—¡Bueno, Smolín! ¡Me pagarás esto!

—¿Y por qué echas la culpa al nuevo? replicó Smolín dulcemente y sin volver la cabeza hacia aquél.

—¡Está bien, está bien! murmuraba entre dientes Ejoff.

Tomás se callaba y echaba miradas furtivas del lado de su vecino. Este bullicioso muchacho le inspiraba simpatía y al mismo tiempo un sentimiento de vaga repulsión.

Durante el recreo, Ejoff le contó que Smolín era también un rico, el hijo de un curtidor, y que el padre de él, Ejoff, era portero del Tribunal de Cuentas y muy pobre.

Esta condición se adivinaba, sin gran trabajo, en el vestido del niño, hecho de algodón gris, con remiendos en las rodillas y en los codos; en su rostro pálido, famélico y en toda su persona enteca y angulosa.

Este niño tenía una voz de barítono, metálica; acompañaba sus exclamaciones de gestos y guiños, y á menudo empleaba palabras cuya significación sólo de él era conocida.

—Seremos camaradas, declaró á Tomás.

—¿Por qué me has acusado hace un rato? replicó Tomás, arrojándole una mirada de desconfianza.

—¡Vaya! ¿Y qué te importa á tí eso? Eres un nuevo y un rico... el maestro no es exigente para con los ricos... Mientras que yo, pobre y desvalido, á mí no me quiere... Soy una mala cabeza y no le traigo regalos. Si trabajase mal, hace tiempo que me habría expulsado. Sabes, saliendo de aquí, iré al Liceo... Cuando haya terminado el segundo, me voy. Un estudiante me prepara ya para el segundo... Y á fe mía, allí, voy á calentarme bien los cascotes, ya verás. ¿Cuántos caballos tienes?

—Tres... ¿Para qué quieres tú trabajar tanto?... preguntó Tomás.

—Porque soy pobre. Los pobres deben trabajar mucho, eso les permite llegar á ricos, en seguida... siendo médicos, empleados del Estado, oficiales... Yo también arrastraré sable... la espada á un lado, espuelas en las botas, drin, drin... ¿Y tú, qué vas á ser?

—No sé, respondió Tomás, con aire soñador, y examinando á su camarada.

—Tú no tienes necesidad de ser nada... ¿Te gustan las palomas?

—Sí.

—¿Cuántas tienes?

—Ninguna.

—¡Bah! ¡Eres rico y no tienes palomas!... Yo mismo tengo tres... una paloma y dos tortolillas... Si mi padre fuese rico... habría comprado ciento y las habría hecho volar todo el santo día. Smolín tiene también palomas y muy bonitas. Catorce... él es quien me ha dado una de las tórtolas... Y sin embargo... es avaro... todos los ricos lo son... Y tú ¿eres avaro?

—No sé, dijo Tomás vacilando.

—Ven á casa de Smolín, nos entretendremos los tres en hacerlas volar.

—¡Bueno!... si me permiten...

—¿Pues no te quiere tu padre?...

—Sí, me quiere.

—Entonces te dejará venir... Sólo que no digas que yo voy también, quizás conmigo no querría. Dile: «Permiteme ir á casa de Smolín»... ¡Smolín!

En este momento el grueso muchacho se aproximó, y Ejóff le recibió meneando la cabeza en señal de reproche:

—¡Eh, tú, soplón, cangrejo! ¡No vale la pena de ser amigo tuyo, saco de harinal!

—¿Por qué te enfadas? preguntó tranquilamente Smolín, considerando al mismo tiempo á Tomás con sus ojos inmóviles.

—No me enfado, digo la verdad, rectificó Tomás, moviéndose en una agitación extraordinaria. Escucha: ¡Aunque no seas mas que una tiritaña, pero no, tanto peor!... El domingo, después de la misa, iré á tu casa con él..

—Venid... dijo Smolín.

—Iremos... La campana va á sonar, corro á vender mi canario, declaró Ejóff sacando al mismo tiempo de sus pantaloncillos un paquetito envuelto en un papel donde se palpaba algo vivo.

Y desapareció en el patio del colegio como una anguila.

—¡Qué raro es! dijo Tomás admirado de la extrema vivacidad de Ejóff.

Y arrojando á Smolín una mirada interrogativa:

—¿Está siempre así?...

—Muy listo, explicó el grueso muchacho.

—Y muy alegre, dijo Tomás.

—Muy alegre también, repitió Smolín.

Después se callaron y se examinaron uno á otro.

—Vendrás con él, preguntó el rojo.

—Iré...

—Ven... se está bien en mi casa...

Tomás no respondió nada.

Entonces Smolín le preguntó:

—¿Tienes muchos amigos?

—Ninguno.

—Yo tampoco tenía ninguno antes de venir á la escuela, como no fuesen mis primos... Ahora tendrás dos de un golpe.

—Sí, dijo Tomás.

—¿Estás contento?

—Ya lo creo...

—Cuando se tienen amigos, se está alegre. También es más fácil aprender: se apunta...

—¿Tú aprendes bien?

—Muy bien... Yo lo hago todo muy bien, dijo Smolín con calma.

La campana sonó, como asustada y precisada de correr lejos.

Sentado en su banco, Tomás se sintió más libre y pudo comparar sus dos amigos con los otros niños. Al cabo de un momento observó que eran los sobresalientes de la clase y quedaban por encima de todos como aquellas dos cifras que se habían olvidado de borrar y que se destacaban en la pizarra. Y esta averiguación le llenó de orgullo.

Saliendo de la escuela fueron juntos. Ejóff volvió

bien pronto por una callejuela oscura, mientras que Smolín acompañó á Tomás hasta su casa diciéndole al separarse:

—Ves, tenemos el mismo camino.

En la casa, Tomás, fué recibido solemnemente. Su padre le regaló una cuchara de plata maciza con una cifra complicada, su tía una bufanda de su fabricación.

Se le esperaba para comer y se habían preparado sus platos favoritos.

Cuando se hubo despojado del abrigo, se puso á la mesa y fué asaltado á preguntas.

—¿Cómo te va la escuela? preguntaba Ignat mirando con amor el rostro animado y rosado de su hijo.

—Muy bien, respondió Tomás.

—¡Querido hijo! suspiraba la tía enternecida, ten cuidado, no cedas nunca á tus compañeros... Tan pronto como te molesten, ve á quejarte al maestro...

—No la escuches, dijo sonriendo Ignat, guárdate de hacerlo. Siempre solo has de valerte é infligir la corrección por tu mano, y no con la de otro... ¿Hay simpáticos muchachos?

—Ya he encontrado dos, dijo Tomás, y sonreía pensando en Ejóff. Uno de ellos es extraordinariamente vivo, es terrible.

—¿De quién es?

—Hijo de un portero...

—¡Bah!... ¿Vivo dices?

—Terriblemente.

—Tanto peor. ¿Y el otro?

—El otro es completamente rojo.. Smolín...

—¡Ah! Es probablemente el hijo de Mitri Ivanitch. Atente á ése, es de buena familia para tí. Mitri es un campesino inteligente, y si su hijo se le parece, será perfecto... En cuanto al otro, ¿sabes, Tomás? invítale los domingos. Compraré fiambres, tú se los regalarás... Veremos lo que son...

—Es que para el domingo Smolín me ha invitado á su casa, declaró Tomás, echando á su padre una mirada escrutadora.

—¡Mire, mire! Bueno, pues vé, vé. Es necesario que aprendas á conocer los hombres... No podrás pasar la vida solo sin amigos. Así, tu padrino y yo hace más de veinte años que lo somos... y á menudo me he aprovechado de su inteligencia. Tu también búscate relaciones con los que son mejores y más inteligentes que tú. Es menester rozarse con los hombres de bien... una pieza de cobre entre varias de plata se puede tomar facilmente por de plata.

Y, riendo de su comparación, Ignat agregó formalmente:

—Es una broma. Trata de ser de metal puro y no de imitación... más vale una corta inteligencia. ¿Tienes mucho que estudiar?

—¡Mucho! suspiró el niño.

Y á su suspiro respondió como un eco el de su tía.

—¡Pues bien! Estudia. No debes ser mas ignorante que los demás. Pero debo decirte esto: Aunque hubiese veinte y cinco clases no te enseñarían otra cosa que leer, escribir y calcular. Es cierto que también se aprende á leer muchas tonterías, pero que Dios te guarde! ¿Si lo advirtiese te daría un recorrido? Si fumas, te cortaré los labios...

—¡No te olvides de Dios, Tomasito, dijo la tía, no te olvides de nuestro Señor!...

—¡Eso es muy justo! ¡Honra á Dios y á tu padre! Pero lo que te sigo diciendo es que los libros de estudio no son todo. Son necesarios como los útiles al albañil. Son el instrumento, pero el instrumento no enseña el arte de servirse de él. ¿Has comprendido? Supón que se da un hacha á un carpintero y debe podar un árbol. Un hacha y manos no bastan, es necesario saber dar en el árbol y no estropear

el pie. Del mismo modo se os enseña á leer y á escribir y es preciso con eso arreglar la vida... Se ve, pues, que los libros no bastan para este problema: es necesario aun saber servirse de ellos, y es justamente lo que es mas difícil que todos los libros juntos y lo que en ninguno de ellos encontrarás. Es en la vida misma donde se aprende. El libro es un cadáver. Puedes darle vueltas, romperle, deshojarle: no gritará... Mientras que en la vida, por poco que te descuides, encontrarás mil voces que te injuriarán y aun te despedazarán...

Mientras que Ignat hablaba con fuerza, su hijo, apoyando su codo en la mesa, le escuchaba atentamente y ya tenía ante su vista al carpintero trabajando su madera, ya se veía el mismo en un terreno movedizo, aproximándosele algo inmenso y vivo que trataba de cogerle...

—El hombre debe procurar por su obra y debe estar absolutamente seguro de su camino para realizarla... El hombre es parecido al piloto á bordo del navío. Cuando se es joven, se está como en el momento de alta marea, no hay más que ir derecho delante de sí... El camino esta libre por todas partes... pero es menester conocer el momento preciso en que se debe maniobrar el timón... El agua baja, y descubre un banco de arena por aquí, un arrecife ó un islote por allá: de todo eso hay que apartarse á tiempo si se quiere llegar á buen puerto..

—¡Yo llegaré! dijo el niño mirando a su padre con un continente altivo y seguro.

—¡Vaya! ¡con mucha bravura dices eso! dijo Ignat riendo y la tía tambien se echó á reír.

Desde su viaje por el Volga, Tomás charlaba más en la casa con su padre, su tía y Maiakín. Pero en la calle ó en cualquier sitio que no le fuese familiar, con extraños, se enfurruñaba y echaba miradas desconfiadas é inquietas, como si hubiese sentido en todas partes una fuerza misteriosa, enemiga y

oculta, que le acechaba, dispuesta á cogerle. Por la noche se despertaba bruscamente y durante largas horas, prestaba oído al silencio que le rodeaba y con sus pupilas dilatadas trataba de penetrar las tinieblas.

En esos momentos los relatos de su padre tomaban una forma tangible. Los mezclaba confusamente á pesar suyo con los cuentos de su tía y creaba así un caos de acontecimientos en donde la realidad venía á confundirse con fantásticas quimeras. Resultaba, pues, un cuadro colosal y confuso. El niño cerraba los ojos y trataba de alejar todas estas visiones y detener el rápido curso de su imaginación loca, que le espantaba. Pero en vano buscaba al niño, el cuarto se llenaba más y más de sombras silenciosas. Entonces decidióse á despertar á su tía:

—¡Tía, tía!

—¿Qué tienes? Dios te guarde...

—Voy contigo, murmuró Tomás.

—¿Para qué? Duerme, querido, duerme...

—Tengo miedo, confesaba el niño.

—Debes rezar y te se quitará...

Tomás cerró los ojos y recitó su plegaria. El silencio de la noche tomó el aspecto de una superficie sin límites, toda llena de un agua negra é inmóvil. Esta agua lo llena todo, está como coagulada, ningun movimiento en su superficie, ni una vibración, ni una sombra. Es el vacío de la nada y es un mar de profundidades desconocidas. El niño aterrado se sintió sólo en este océano muerto. Pero, he aquí que la llamada del vigilante suena en la noche y bolas luminosas corren como fuegos fatuos en la superficie del agua que ahora está ligeramente ondulada. Después, el enorme alarido de una campana que levanta la masa entera con movimiento formidable, y los fuegos fatuos se confunden todos en una mancha de luz inmensa. La masa entera oscila entonces lentamente en ondas concén-

tricas luminosas, cuyos movimientos y brillo disminuyen gradualmente y concluyen por perderse en la obscuridad de un horizonte lejano, y de nuevo empieza el agonizante y pesado silencio en otra noche desierta...

—¡Tía! murmuró Tomás, con voz suplicante.

—¿Qué hay?

—Voy á tu cama.

—Vaya, ven, pues, ven, anda, amor mío.

Una vez en la cama de su tía se estrechó contra ella y le suplicó:

—Cuéntame algo...

—¡Por la noche!... protestó la tía con voz soñolienta.

—¡Te lo suplico!

No tuvo necesidad de suplicar mucho tiempo. La voz soñolienta, los ojos cerrados, siseando, la vieja se puso á contar lentamente:

—En una ocasión había un reino, y en este reino un marido y una mujer que eran pobres, muy pobres. Estaban tan miserables, que no tenían nada que comer. Andaban, con el saco á la espalda, y cuando se les daba un pedazo de pan seco se alimentaban con él todo el día. Y de pronto tienen un niño... El niño nacido es menester bautizarlo, pero como son muy pobres, no tienen con qué regalar al padrino ni los invitados, y nadie quiere bautizar al chicho. Van de un lado á otro: nadie. Entonces se ponen á suplicar á Dios: «¡Señor!...»

Tomás conocía este cuento espantoso del ahijado de Dios. Ya lo ha oído más de una vez y ya se representa al ahijado caminando en un caballo blanco para hacer una visita á su padrino y á su madrina; atraviesa una noche negra, un desierto y ve todos los suplicios espantosos que están reservados á los pecadores y oye sus quejas y sus plegarias:

—¡Eh! ¡Eh! hombre, pregunta á Dios si debemos sufrir largo tiempo así...

El niño se imagina entonces que es hacia él á quien suben estas quejas y estos ruegos. Su corazón se oprime deseando algo que no se explica. Una tristeza le oprime y le hiela el pecho, y lágrimas se escapan de sus ojos, que cierra por miedo. Se agita en su cama.

—¡Duerme, niño mío! ¡El Señor te guarde! dijo la vieja interrumpiendo el relato de los suplicios infligidos á los humanos por sus pecados.

Por la mañana, después de una noche tan espantosa, Tomás se levantaba alegre y dispuesto se lavaba prestamente, tomaba de prisa una taza de té y corría á la escuela provisto de una buena merienda. El pobre Ejoff, siempre hambriento, le esperaba con impaciencia y se arrojaba sobre las vituallas debidas á la munificencia de su camarada.

—¿Traes de comer? decía, desde que veía á Tomás, olfateándole. Dame en seguida, pues yo he salido sin haber tomado nada. He dormido mucho tiempo, ¡qué diablo!... ¡he trabajado hasta las dos de la madrugada!... ¿Has hecho problemas?

—No.

—¡Calabacino! Vamos, voy á hacértelos en un abrir y cerrar de ojos.

Y al mismo tiempo que hundía sus dientes diminutos en la torta, roncaba como un gato joven, palmoteaba la suela de su pie izquierdo y resolvía los problemas, dirigiendo á Tomás frases cortas:

—¿Has comprendido? En una hora, han resultado ocho cubos; y ¿cuántas horas ha corrido el agua? ¡Seis!... ¡Oh! ¡vaya si se come bien en vuestra casa!... Seis: pues, bien es necesario multiplicar por seis... ¿Te gustan las tortas con cebolla cruda? ¡Yo las adoro!... Bueno; han salido cuarenta y ocho cubos del primer grifo... se han vertido noventa en junto... ¿Comprendes la solución?

Ejoff agradaba á Tomás mucho más que Smolín, pero disputaba menos con este último. La listeza

del primero, su facilidad de trabajo le admiraba. Se daba cuenta de que Ejjoff era mas inteligente y valia más que él: le envidiaba y le quería por sus cualidades, pero al mismo tiempo le tenía lástima, la lástima del que ha comido bien por el que tiene hambre. Quizá esta misma lástima impedía darle la preferencia al muchacho tan divertido sobre el aburrido Smolín. Ejjoff que se complacía en irritar á aquellos de sus camaradas que comían en demasia, les decía:

—¡Eh, vosotros, tragones.

Estas bromas irritaban á Tomás, y un día que se sintió picado más que de costumbre, respondió con cólera y desprecio:

—¡Y tú, mendigo!

El rostro pálido de Ejjoff se cubrió de manchas rojas y articuló lentamente:

—Vaya, bueno, está bien... pero no te apuntaré más y no verás otra cosa que un borrico.

Y durante dos ó tres días no se hablaron, con gran disgusto del profesor que se veía forzado á poner ceros al hijo del respetable Ignat Matveitch.

Ejjoff estaba al corriente de todo: contaba en la escuela que en la casa del procurador general la criada estaba de parto, y que para vengarse la mujer del procurador había regado á éste con café hirviendo; podía decir cuando sería necesario pescar gobio; sabía hacer jaulas y trampas para los pájaros, contaba con grandes detalles por qué y cómo un soldado se había ahorcado en un granero, en el cuartel, quiénes eran los padres de los alumnos que habían hecho un regalo al maestro y en qué consistía el tal regalo.

El círculo de conocimientos y de curiosidad de Smolín se limitaba á lo comercial. Sobre todo él se complacía en comparar las fortunas, estimar el valor de las casas, de los barcos, de las cuadras que

cada uno poseía. Todo eso lo conocía al dedillo y hablaba de ello con entusiasmo.

En su amistad con Ejjoff, tenía la misma piedad indulgente que Tomás, pero era más afectuoso y de un humor más igual. Todas las veces que Gordeieff se querellaba con Ejjoff, él trataba de intervenir y un día que venían juntos á la escuela, dijo á Tomás:

—¿Por qué regañas constantemente con Ejjoff?

—Porque trabaja mucho, respondió Tomás furioso.

—Tú entiendes poco y él te ayuda, es muy inteligente... y si es pobre ¿es acaso culpa suya? Podrá aprender lo que le dé la gana y ser rico un día..

—Me hace el efecto del mosquito, dijo Tomás con un destello de sus pupilas, zumba horas y horas en los oídos y después da una picadura.

Y en la vida de estos muchachos había horas en que estaban bien unidos y en que perdían toda noción de la diferencia de posiciones sociales y de caracteres. El domingo, los tres se reunían en casa de Smolín, y encaramados en el tejado de un granero convertido en palomar, se entretenían en soltar palomas. Estas se elevaban unas detrás de otras, sacudiendo sus plumas blancas como la nieve y se colocaban en fila sobre el caballete del tejado arrullando á la luz brillante del sol.

—¡Anda, pronto! ¡Espántalas! decía Ejjoff, temblando de impaciencia.

Smolín agitaba entonces por encima de sus cabezas un palo con algunos trapos y se ponía á silbar.

Las palomas asustadas se lanzaban en el espacio con gran ruido de alas... Y elevándose lentamente describían amplios círculos. Se elevan en el azul profundo del cielo, se ciernen y suben siempre más arriba, brillantes, con su vestido plateado y de una